



zas y fortuna, con orgullo se prometía en su pensamiento el señorío de toda España. Reháciéndose, pues, de fuerzas, y juntadas más gentes, volvió otra vez á Toledo: no tenía esperanza de apoderarse de la ciudad por la fortaleza del sitio: taló los campos, saqueó los lugares comarcanos, hizo grandes robos, llegó con las talas hasta Madrid y Alcalá, y á mano izquierda hasta Ocaña, Uclés, Huete y Cuenca, destrozando todo lo que encontraba. Los nuestros, por los daños del año pasado y por el miedo presente estaban sin consejo y sin saber qué partido tomarían para defender la patria. Era extremo el peligro en que las cosas de los cristianos se hallaban, porque el moro, efectuadas tan grandes cosas, se volvió al Andalucía con su ejército sano y salvo, determinado de tornar á la guerra el año siguiente con mayor furia.

D. Alonso, rey de Castilla, rodeado de tantos males, por no tener fuerzas iguales al enemigo, trataba de buscar socorros y ayudas de fuera. Poca esperanza tenía que los leoneses y navarros hiciesen cosa de provecho, pues de mas del desacato pasado en tiempo tan trabajoso, acometían por diversas partes las tierras de Castilla, sin tener cuenta con la cristiandad ni considerar lo que la fama diría dellos. Fué así que el rey de Navarra trabajó las tierras de Soria y Almazan por do entró á robar con sus soldados; el rey de Leon, puesta confederacion y alianza con los bárbaros que moraban en Extremadura en las tierras que caen entre Tajo y Guadiana, se metió por tierra de Campos, en que taló toda la campaña. En sólo D. Pedro, rey de Aragon, llamado el Católico, quedaba alguna esperanza: convidó el rey de Castilla para hacer confederacion y juntar las fuerzas contra los enemigos comunes. Vino el aragones en ello. Hecho este concierto, pareció primero vengar las injurias del rey de Leon, despues los agravios que hicieron los navarros: con esto de primera instancia fueron tomados del rey de Leon los pueblos de Bolaños, Castroverde, Valencia y el Carpio.

Contra los navarros no se pudo hacer la guerra como lo tenían acordado, á causa de que Aben-Juzeph se apercebía para hacer nueva

guerra, como aquel que estaba acostumbrado demasiadamente á hacer entradas por nuestras tierras: con todo esto los castellanos y aragoneses, con la gente que fuera justo acometer á los bárbaros, sin ningun cuidado de la cristiandad revolviéron contra el rey de Leon, causa de todos los males, como ellos decían: tornaron á entrar por sus tierras el año de mil y ciento y noventa y ocho, y llegaron hasta Astorga: destrozaron la tierra de Salamanca, apoderáronse de la una y de la otra Alba, y de Moterey con otros lugares: despues desto tornaron á tratar de vengarse del rey de Navarra, que no ménos agravios tenía hechos; y esto con tanta voluntad de los reyes de Castilla y Aragon, que olvidados de su reputacion, y sin moverse por el peligro de la cristiandad, se determinaron hacer concierto con Aben-Juzeph, comun enemigo de cristianos, y no tuvieron por cosa fea ser los primeros á convidarle con la confederacion.

El bárbaro no dejaba de dar orejas á esta plátiea, por tener gran deseo de volver sus fuerzas contra el rey de Portugal, que tenía hecho en los bárbaros grande estrago, fuera de que estaba con cuidado de las cosas de África.

Asentáronse treguas con los moros por diez años. En este tiempo D. Sancho, rey de Portugal, parte de su cuidado y pensamiento ocupaba en reparar ó edificar de nuevo diferentes pueblos, de donde ganó el renombre y fué llamado D. Sancho el Poblador: en este número se cuentan Valencia de Mayo, Montemayor el Nuevo, Vallelas, Peñamaçor, Sortella y Pennella con otros; parte de los cuales, por donacion del rey, se dieron á los caballeros de Santiago, parte á los de Avis, que por este tiempo comenzaron en Portugal á tener fama. El mayor cuidado que tenía, era de echar los moros de toda aquella provincia, y así se apoderó de la ciudad de Silves, que está al promontorio Sacro ó Cabo de San Vicente, ayudado de una gruesa armada que vino de Francia y Inglaterra. En particular, el conde Philipe, cuñado del rey, envió en su ayuda veintisiete naves, y en ellas muy escogidos soldados de Flándes. En la razon del tiempo en que esto sucedió, no



concuerdan los escritores: algunos señalan el año de mil ciento noventa y nueve, otros lo ponen diez años ántes, que fué en el tiempo que los reyes Enrique de Inglaterra y Philipe de Francia, con deseo de promover y sustentar la cristiandad, que estaba para perderse, se determinaron de pasar por mar á la Tierra Santa, despues que tuvieron primero vistas en los Vellocases, donde está la villa de Gisors, cabeza que es de los pueblos que llaman Vergassins; pero el inglés, mudada la voluntad, se quedó en su tierra y envió en su lugar á su hijo Ricardo.

Hizo compañía á los reyes Enrique, á la sazón conde de Campaña en Francia: despues, por casar con doña Isabel, hija del rey Amalrico, fué rey de Jerusalem. Hijo deste Enrique, de la primera mujer, fué Theobaldo, conde de Campaña, con quien por estos tiempos casó doña Blanca, hermana de D. Sancho, rey de Navarra, madre de otro Teobaldo que el tiempo adelante vino á ser rey de Navarra. Los corazones de los mortales, trabajados con tantos males y aquejados de miedos, tenían otrosí atemorizados muchos prodigios que se vian como anuncios de grandes males. En Portugal hobo peste y hambre gravísima, y en el cielo se vieron otras señales: el vulgo, inclinado á pensar lo peor, y dalo á supersticiones, decía ser venganza del cielo y ira de Dios, porque el matrimonio de D. Alonso, rey de Leon, y de doña Teresa, infanta de Portugal, si bien era ilegítimo y por las leyes ninguno, no se apartaba; dado que Inocencio (pontífice) III deste nombre, sucesor de Celestino, que habia comenzado á gobernar la Iglesia romana, lo procuraba con todo cuidado, de tal suerte, que puso entredicho en todo Portugal y pena de excomunion á todos los que no obedeciesen á su mandato. Acrecentóse este miedo por perderse como se perdió á la sazón la ciudad de Silves, destruidos y talados los lugares y campos de aquella comarca: lo uno y lo otro por las armas y esfuerzo de Aben-Juzeph, que pretendía por esta manera satisfacerse de las injurias y daños que el rey de Portugal le tenía hechas el tiempo pasado.

Apartóse aquel matrimonio del rey de Leon

por causa del parentesco que tenían él y su mujer, con dificultad y tarde; pero, en fin, se apartó el año de nuestra salvacion de mil doscientos, y luégo se comenzó á poner en plática de pedir á la infanta doña Berenguela, hija de D. Alonso, rey de Castilla, de la cual se dijo poco ántes que estaba concertada de casar con Conrado, duque de Suevia; mas ella se excusaba por las costumbres de los alemanes y por el largo camino, puesto que no ménos aborrecía el matrimonio de Leon por el parentesco que con él tenía, causa que el primero se apartase; pero los reyes muchas veces posponen la honestidad y religion á sus particulares. Los halagos de la madre ablandaron el corazón de la doncella, y á su padre parecia que los casamientos de diversas naciones muchas veces suelen ser desgraciados, y que no se debía dejar la ocasion de ganar al rey de Leon que les hacía tantos daños, de mas de apartalle de la amistad del rey de Navarra, de quien principalmente deseaba satisfacerse y vengarse, y entendía que desamparado del rey de Leon no tendría fuerzas bastantes para resistir. Por una epístola de Inocencio III enderezada al de Compostella, se ve que el de Toledo fué á Roma el año pasado para alcanzar dispensacion del papa sobre este matrimonio que se trataba, y no la quiso dar.

Entre tanto, pues, que estas cosas se trataban y maduraban, el rey de Castilla D. Alonso, con grande deseo de vengarse, se apercebía con todo cuidado para aquella guerra; á D. Pedro, rey de Aragon, para no poder venir luégo, como en la confederacion quedó asentado, impidió la discordia que tenía con su madre la reina doña Sancha, ca teniéndola por sospechosa y creyendo que trataba de volverse á Castilla, procuró quitalle los lugares de su dote. Pero á instancia del rey de Castilla se asentó la concordia entre la madre y el hijo; juntáronse los dos reyes en Ariza, pueblo asentado á la raya de los dos reinos, donde por medio y diligencia del rey D. Alonso y por su voluntad, se determinó que á trueco de Tortosa y de Azcona y de otros pueblos, la reina diese al rey de Aragon los de Ariza, Epita y Embite, que le pertenecían á ella: en que pretendía el aragones quitar la entrada por aquella parte al rey de Castilla, si



en algun tiempo quisiese acometer las tierras de Aragon; consideraba que las voluntades de los hombres y más las de los reyes son várias y mudables, y por ningun respeto de parentesco se mueven cuando se les muestra esperanza de ensanchar su estado. D. Pedro Ruiz de Azagra, señor de Albarracin, se halló en aquellas vistas de los reyes, por estar, es á saber, ya reconciliado con ambos. Hizose esta confederacion á treinta de Noviembre. En el mismo año, doña Berenguela, hermana del rey D. Sancho de Navarra, casó con Ricardo, rey de Inglaterra; así lo dicen las historias de España. Los escritores ingleses refieren que sucedió esto el año pasado, y afirman que en éste falleció el mismo Ricardo.

El rey D. Alonso, con la comodidad de las treguas que tenía con los moros, deseaba reparar los daños que el tiempo pasado se recibieran, y para esto procuraba reparar á Placencia y á Béjar, y á Mirabel y á Segura en el monte Argentario; á Monfredo, y á Moya en la Mancha de Aragon, á Aguilar en tierra de Campos. Estas cosas hacia, y no aflojaba con eso el cuidado de la guerra que pensaba hacer á los navarros, ni cesaba de amonestar al rey de Aragon que juntase con él las fuerzas y las armas: así en un tiempo, las gentes de Aragon y Castilla se movieron contra los navarros. El rey D. Sancho, vista la tempestad que cargaba sobre él, y que no tenía fuerzas bastantes, como quier que esperase poca ayuda de los príncipes cristianos que sentian estar enajenados por industria y maña del rey de Castilla, tanto que se comenzaba á tratar del casamiento entre Luis, hijo de Philippe rey de Francia, y la infanta doña Blanca, hija de don Alonso, rey de Castilla, determinó por el mar pasarse á África para pedir ayuda al Miramolin Aben-Juzeph: grande afrenta y notable maldad, mayormente que se entendia no dejaría él, como era soberbio, pasar la ocasion que la discordia de los nuestros le presentaba, de acometer de nuevo á España. Los historiadores navarros no conforman con lo que de verdad pasó, sino con deseo de excusar aquella jornada, fingien que D. Sancho pasó en África con intento de socorrer al rey moro de Tre-

mezen contra el de Túnez; la invencion por sí misma se manifiesta, por no haber entónces reyes en África de aquellas ciudades; así no me pareció era menester refutalla con más palabras.

La verdad es, que pasado el rey D. Sancho en África, los reyes de Castilla y de Aragon se metieron por Navarra como por tierra sin dueño y sin valedor. Aibar y lo de Valderroncal tomó el rey de Aragon. Los pueblos de Miranda y Inzula se dieron al rey de Castilla, que puso tambien cerco sobre Vitoria, cabeza de Álava; y porque se defendian los ciudadanos valientemente y el cerco se dilataba, dejando en su lugar á D. Diego de Haro para apretallos, el rey se partió á Guipúzcoa, una de las tres provincias de Vizcaya, la cual irritada por los agravios de los navarros, estaba aparejada á entregársele, como lo hicieron luego, ca rindieron al rey todas las fuerzas de la provincia; lo que tambien al fin hizo Vitoria perdida la esperanza de poderse defender, y por su autoridad todas las demas villas de Álava. Solamente sacaron por condicion, que no les pudiese el rey dar leyes ni poner gobernadores, excepto en Vitoria solamente y Treviño, lugares y plazas en que se permitia que el rey pusiese quien los gobernase.

Todo era fácil á los reyes de Castilla y de Aragon, por estar toda la provincia de Navarra desamparada de todo socorro y sin fuerzas, fuera de que de nuevo se divulgó por la fama que el rey D. Sancho comenzára á estar enfermo de cáncer, que le nació en una pierna, sin esperanza de poder sanar. La melancolía que por la poca esperanza que tenía de remedio se le engendró, fué causa de aquella mala dolencia. Las marinas de Vizcaya, que importaba mucho para conservar el señorío de aquella provincia, fueron fortificadas, reparados los lugares de San Sebastian, Fuenterrabia, Guetaria y Motrico; los lugares de Laredo, Santander y San Vicente, de nuevo se fundaron en las riberas cercanas. Entre tanto que el rey D. Alonso de Castilla se ocupaba en hacer estas cosas, D. Sancho, rey de Navarra, sin hacer ningun efecto, volvió afrentado á su patria y reino, que halló disminuido y falto en mu-



chas partes, muchos pueblos enajenados. Envió sobre estos agravios á los dos reyes embajadores con toda humildad, pero no alcanzaron cosa alguna fuera de buenas palabras, por no poderse persuadir á restituir lo que tenían adquirido por el derecho de la guerra, ni les podian faltar razones y títulos con que colorear su codicia y paliarla.

Estas cosas sucedieron en España en el tiempo que Ricardo, rey de Inglaterra, en prosecucion de la guerra que emprendió en Francia, con que mucho tiempo trabajó aquella provincia, en el cerco que tenía sobre Limoges, ciudad muy fuerte, fué muerto con una saeta que le tiraron desde los adarves. Sucedió en el reino su hermano de padre y madre, llamado Juan. Philipe, por sobrenombre Augusto, rey de Francia, con intento de derribar al nuevo rey y desbaratar sus intentos ántes que cobrase fuerzas, hizo grandes juntas de gentes. Acometió á la Normandía, á la Bretaña y á los de Anjou, Estados que eran de los ingleses en Francia. Apoderóse de las ciudades, de unas por fuerza, de otras de grado. Contra su poder no tenía el nuevo rey ni le quedaba alguna esperanza, por ser desigual en fuerzas y no hallar camino para defenderse de contrario tan bravo y ejecutivo. Enviáronse el uno al otro embajadas, y por este medio, para que los reyes se viesen, señalaron á Butavento, pueblo de Normandía. Hizose allí confederacion y alianza, más necesaria que honrosa para los ingleses, en que dejaban al frances las ciudades de que se apoderára, sólo con una condicion y gravámen, que una hija del rey de Castilla casase con Luis, hijo de Philippe, rey de Francia, sin llevar otra dote alguna. Este color se tomó y esta capa por ser sobrina del inglés, hija de su hermana. Sólo lo de Anjou se restituyó á los ingleses.

Enviáronse embajadores al rey de Castilla de todo lo que pasaba: él, alegre con la nueva y con el concierto, que demas del bien comun, le traía á él tanto provecho, vino en lo que le pedian. Tenía el rey D. Alonso cuatro hijas, las tres en edad de casarse: éstas eran doña Berenguela, doña Urraca, doña Blanca. Doña Berenguela por este mismo tiempo casó con el rey

de Leon. Á los embajadores que de Francia vinieron sobre el caso dieron á escoger entre las dos que restaban. Doña Urraca era más apuesta y de más edad; sin embargo, ellos, ofendidos del nombre doña Urraca, escogieron á doña Blanca. En Búrgos se hicieron los desposorios, dende, acompañada del padre, fué la doncella llevada á la Guiena, por estar en poder de los ingleses: de allí, con acompañamiento de grandes de Francia, pasó adonde estaba su esposo. Los ingleses quedaron muy sentidos de que con aquella confederacion se hobiese escurecido la majestad de aquel reino, en tanto grado, que, pasado el rey á Inglaterra, le miraban de mala gana y con malos ojos, y al entrar en las ciudades no le hacian las aclamaciones que suelen y acostumbran. Sucedieron estas cosas el año de mil docientos uno. En el mismo año falleció Theobaldo, conde de Campaña: dejó por heredero el preñado de su mujer doña Blanca: parió despues de la muerte de su marido un hijo del mismo nombre. Doña Berenguela, hija de D. Alonso, rey de Castilla, últimamente casó con D. Alonso, rey de Leon.

Era cosa muy honrosa para D. Alonso, rey de Castilla, casar dos hijas casi en un mismo tiempo con dos reyes, sin dote ninguna, porque á doña Berenguela dió solamente los lugares que por las armas quitó poco ántes á su marido, restituyéndoselos por las condiciones del casamiento. Celebráronse las bodas en Valladolid, do los reyes se juntaron, con grandes fiestas y muestras de alegría. Entre D. Alonso, conde de la Proenza en Francia, y D. Guillen, conde de Focalquer, aunque era tío de doña Garsenda, mujer del mismo D. Alonso, se levantó guerra, que forzó á D. Pedro, rey de Aragon, para ponellos en paz, de pasar en Francia. En Aguas Muertas, pueblo en las Marinas de la Galia Narbonense, que los antiguos llamaron Fossas Marianas, por la diligencia del rey se trató de la concordia, y hechas sus avenencias, se apartaron de las armas.

Deseaba el rey de Aragon con cuidado de hacer la guerra á los mallorquines, por estar aquellas islas en poder de moros. Para este efecto era menester ganar la voluntad de los gino-



veses y pisanos, que en aquella sazón eran poderosos por el mar. La autoridad de Inocencio III, pontífice máximo, era muy grande, y no menor el deseo de ayudar á los aragoneses, como lo mostraba en muchas ocasiones. Partido, pues, el rey de la Proenza, en una flota se fué á Roma á verse con el pontífice: recibióle él con grande aparato, y para honrarle más, en la iglesia de San Pancracio, que está de la otra parte del Tibre, el año de nuestra salvación de mil doscientos cuatro, á veintiuno de Noviembre, fué ungido por Pedro, obispo portuense, y por la misma mano del pontífice, con solemne ceremonia, recibió la corona y las demás insignias reales.

Concedió otrosí para adelante que los reyes de Aragon pudiesen ser coronados en sus tierras, y que hiciese el oficio y toda la ceremonia el arzobispo de Tarragona, como vicario del pontífice romano. Hay bula de todo esto, mas no pareció ponella en este lugar. Aun no se acostumbraba en aquel tiempo que los reyes de Aragon, luégo despues de la muerte de sus padres, tomasen las insignias reales, sino cuando á la manera usada entre los españoles los armaban caballeros ó se casaban: entónces, finalmente, usaban del nombre é insignias reales.

Por esta merced que hizo á Aragon el papa, el rey de Aragon hizo su reino feudatario á los pontífices romanos, concertó y prometió de pagar cada año cierta cantidad de oro: cosa que llevaron mal los naturales, que se menoscababa con aquel color y capa el derecho de la libertad, y se diese á los pontífices poder y ocasion y entrada con esto, para intentar mayores cosas en Aragon. Este sentimiento se aumentó por un tributo que el año siguiente el rey impuso sobre el reino, muy pesado, que vulgarmente se llama monetal. En Huesca, al fin del mes de Noviembre, se promulgaron los tales edictos, en que no solamente el vulgo, sino tambien todos los nobles é hidalgos se comprendian sin sacar á nadie. Reprendian al rey, y extrañaban que en particular fuese pródigo y en público codicioso para suplir con tales imposiciones públicas y comunes lo que derramaba sin propósito. No se había el rey

casado por este tiempo, y estaban con cuidado que dejase sucesion para heredar el reino. Procuró el pontífice romano Inocencio, que madama María, hija de Isabel, reina de Jerusalem, que venia á suceder en aquel reino, casase con el rey de Aragon. Tenian este negocio para concluirse cuando el rey, á persuasion de sus grandes, casó con madama María, hija y heredera de Guillen, señor de Montpellier, por la comodidad de aquel estado.

Con esto, los deseos piadosos del pontífice quedaron burlados, que con aquel casamiento pretendia hacer que las fuerzas de Aragon se empleasen en la guerra de la Tierra Santa. Doña Urraca tercera, hija de D. Alfonso, rey de Castilla, que pretendia ántes casar con el aragones, perdida esta esperanza, casó el año mil doscientos seis con D. Alonso, hijo primogénito de D. Sancho, rey de Portugal. Este año postrero de Febrero hobo grande eclipse de sol, tanto que por espacio de seis horas el día se mudó en escura noche. Á primero de Julio dió el rey al arzobispo de Toledo, D. Martin, el oficio de canciller mayor de Castilla. Los rios con las continuas lluvias crecieron tanto, que Tajo, en Toledo, á veintisiete de Diciembre, principio del año siguiente, sobrepujó la puerta del Alfofala un estado de hombre. Esto dicen los *Anales de Toledo*. La puerta del Alfofala puede ser que fuese la que hoy se llama de San Isidro. El rey de Navarra, perdida la esperanza de rehacerse, vino á verse con el rey de Castilla á Guadalupe, donde hicieron treguas por cinco años. Para mayor seguridad se dieron como en rehenes algunos pueblos de la una parte y de la otra; y en particular se concertó que el rey D. Alonso procurase que el de Aragon entrase en la misma confederacion.

El año adelante de mil doscientos ocho fué señalado por la muerte de muchos príncipes y señores: á veintiocho de Agosto murió D. Martin, arzobispo de Toledo: sucedióle algo adelante D. Rodrigo Jimenez Navarro, de nacion natural de Puente de Rada, su padre Jimeno Perez de Rada, su madre doña Eva. Tuvo por hermana á doña Guiomar de Rada, por sobrino á D. Gil de Rada, á quien él mismo dió la te-



nencia de algunos castillos. Todo consta de papales de la su iglesia de Toledo, y fué primero obispo de Osma: de allí le trasladaron á Toledo. Las raras virtudes y buena vida, y la erudicion singular para en aquellos tiempos hicieron que sin embargo que era extranjero, subiese á aquel grado de honra y á aquella dignidad tan grande; y porque las treguas entre los reyes se concluyeron en gran parte por su diligencia, tenía ganada la gracia de los príncipes, y las voluntades de la una y de la otra nacion. Por el mes de Noviembre falleció doña Sancha, madre del rey de Aragon, en el monasterio de Jijena, que era de monjas, y ella le fundó á su costa, debajo de la obediencia y gobierno de los comendadores de San Juan, y en el mismo, cansada de las cosas del mundo, y con deseo de vida más perfecta, había tomado aquel hábito.

En Toledo, el mismo día de San Martin, falleció D. Estéban Illan: fué enterrado en la iglesia de San Roman: persona señalada en todo género de virtud, y que tenía el gobierno de la ciudad y la tenencia de los alcázares en premio del servicio que hizo los años pasados al rey cuando le apoderó de Toledo. Fué piadoso para con Dios, de ánimo liberal con los pobres; las riquezas que alcanzó igualaron á su ánimo. Demas desto falleció el conde de Urgel: de su mujer doña Elvira dejó una sola hija llamada Aurembiasis. Esta doncella, Gerardo de Cabrera, hijo de Ponce, despertadas diferencias y pleitos pasados, como quier que por ser mujer la trabajase y tratase de despojarla, por voluntad de doña Elvira su madre dió el estado de Urgel y le entregó al rey, y ellas se pusieron debajo de su amparo. Con esto la sucesion del gran Borello, antiguamente conde de Barcelona y de Urgel, cayó del señorío de aquella ciudad, si bien su padre mandó y dejó en su testamento la mitad de su villa de Valladolid al pontífice Inocencio con intento que amparase á su hija en lo demás; pero no entiendo que el papa entró en posesion de aquella manda y legado.

Espiraba el tiempo de las treguas asentadas con los moros, y el deseo de volver á hacerles guerra tenía á todos puestos en cuidado, más

que á todos al rey de Castilla, como el que caía más cercano al peligro. Era menester sosegar las diferencias entre los cristianos y los movimientos, y concertar los reyes entre sí para que de buena gana hiciesen liga contra el comun enemigo, poderoso con la junta de tantos reinos, feroz con tantas victorias, y que amenazaba á nuestras tierras. Los reinos comarcanos, mayormente si los reyes son bullidos, no pueden largamente estar sosegados, por nacer cada día entre ellos nuevas causas de guerras y pleitos trabadas unas tras de otras. D. Alonso, rey de Leon, fué el primero que por acometer los lugares que tenía en dote su madrastra, turbó el reposo comun. Reprendia á su padre y quejábbase que por ser liberal con sus mujeres disminuyó la majestad del reino y enflaqueció las fuerzas. D. Diego de Haro, por ser hermano de la reina viuda, como hiciese rostro á los intentos del rey, despertó contra sí las armas de Leon y de Castilla, de tal guisa, que ni pudo defender el estado y derecho de su hermana, y él, ofendidas las voluntades de los dos reyes, fué forzado á retirarse á Navarra. Hacia desde allí ordinariamente correrias en los campos de Castilla. Sobrevinieron los reyes, que le vencieron cerca de la ciudad de Estella, y le forzaron á meterse dentro de aquel pueblo, que era muy fuerte por las murallas y baluartes: así no trataron de comba-tille.

Todavía los cuatro reyes de Castilla Leon, Navarra y Aragon, con seguridad que entre sí se dieron, se juntaron en vistas Alvaro, en que hicieron entre sí las paces: D. Diego de Haro, desamparado de todos, y desconfiado de sus fuerzas, se fué á Valencia á valerse de los moros. Avino que el rey de Aragon, con el cuidado que tenía de la guerra contra los moros, y porque así quedó en la habla concertado, entró por las tierras de Valencia. Matáronle el caballo en cierto encuentro, y sin duda viniera en poder de los moros si D. Diego de Haro, que se halló con ellos, movido de su humanidad, y olvidado de las injurias, no le diera un caballo con que se libró del peligro: cosa que á él fué causa de grande odio, y le fué mal contado entre los bárbaros, tanto que para purgarse y aplacallos le fué necesario pasar á Áfri-